

PR 4622

RH

56

La resurrección de Sherlock Holmes

LA CASA VACÍA

I

Todo Londres, y especialmente la gente aristocrática, quedó consternada el día 30 de Marzo de 1894 por la muerte de Ronaldo Adair, que tuvo lugar en condiciones tan extraordinarias como inexplicables. Sin embargo, se omitieron no pocos detalles, y la confesión de los culpables hizo que el asunto perdiera su interés á poco de ser conocido. Han pasado cerca de diez años; la gente se olvidó de ello, como se olvidó y olvidará de cosas más importantes aún, y sólo yo, por razones especiales que luego comprenderá el lector, resucito los hechos y procuro eslabonarlos de un modo claro y preciso.

El crimen era ya de por sí bastante emocional; pero no obstante, yo le hubiera olvidado como uno de tantos á no ser por lo que trajo tras de sí, y que fué una de las mayores y más terribles impresiones que he recibido y creo que recibiré en mi vida.

Aun ahora que ya están muy lejos de mí aquellos días de conmoción y de aturdimiento, siento nuevamente aquella sugestionadora emoción, mezcla de asombro, de alegría y de incredulidad, que me quitó la voz y vació el cerebro de ideas.

Todos cuantos hayan acogido con benevolencia esta serie de narraciones donde procuré sujetar aquella compleja y admirable personalidad de un hombre único, se habrán acostumbrado á los misterios, ocultaciones y esperas necesarios é inevitables en muchos casos, y que en algunos, como en éste, duran cerca de diez años.

He aquí la razón de que haya tardado tanto tiempo en hablar. La prohibición de hacerlo expiró el día 3 del mes pasado.

Estos mismos asíduos y benévolos lectores comprenderán que yo me hubiese ido poco á poco acostumbrado al vivir ajetreado y quimérico de Holmes y á sentir su interés por las causas criminales. Más de una y de dos veces intenté emplear sus procedimientos deductivos y analíticos, más por mi recreo personal, lo confieso, que por sentir un ingénito amor y quijotismo por todas las injusticias y humanos dolores.

Ningún crimen me conmovió tanto como la muerte de Ronaldo Adair. Conforme iba leyendo las declaraciones, las pruebas acumuladas en el sumario,

más y más me acordaba de Sherlock Holmes y más comprendía la irreparable pérdida que con su muerte había sufrido la sociedad.

Seguramente él se hubiera apasionado por este asunto pletórico de extraños detalles y confusas pruebas, y los esfuerzos de la policía hubieran sido maravillosamente secundados con igual entusiasmo y maestría que lo fueron en otras ocasiones.

Todos los días, lo mismo en mis ratos de ocio, como en mis paseatas de enfermo á enfermo, el maldito crimen daba vueltas en mi cerebro, apresándome las ideas y lanzándome á quiméricas divagaciones.

No obstante la resonancia que tuvo y la poca gente que se quedaría sin enterarse de ello, como ha pasado mucho tiempo y el olvido es muy humano, voy á reconstruir los hechos.

Ronaldo Adair era el hijo segundo del conde de Maynooth, gobernador de una colonia australiana, cuyo nombre he olvidado.

Ronaldo vivía con su madre, que volvió á Inglaterra para que le operasen unas cataratas, y su hermana Hilda, en Londres, en el núm. 427 de Park Lane. El joven era consideradísimo en la alta sociedad, y no se le conocían vicios de ninguna clase ni enemigos de ningún género. Tuvo relaciones formales con miss Edith Woodley; pero estas relaciones se rompieron de común acuerdo hacía algunos meses, sin que nada pareciese indicar que este acontecimiento arrastrara consecuencias buenas ó

malas. Su vida era y continuó siendo plácida, sencilla, sin escándalos que la hicieran surgir ante el público, sin trastornos que le desprestigiaran. Su conducta no podía ser más normal ni más frío su temperamento.

Y, sin embargo, sobre este aristócrata lleno de desprecio para el mundo y que tan lejos del mundo parecía estar, cayó la mano de la muerte la noche del 30 de Marzo de 1894.

El único vicio que se le conocía á Ronaldo Adair —y aun éste no tenía importancia por la falta de apasionamiento que ponía en él—era el juego. Formaba parte de los círculos de Balduin, Cavendish y del club de *La Bagatela*.

Se ha demostrado que el día de su muerte jugó á primera hora de la tarde al whist en este último círculo. Sus compañeros el Sr. Murray, sir John Hardy y el coronel Moran han declarado que fué aquella una partida en que menos dinero se atravesó, y que si Adair perdió cinco libras, no podía esto afectarle lo más mínimo, teniendo en cuenta lo considerable de su fortuna. Por otra parte, era siempre un jugador afortunado y prudente que sabía retirarse á tiempo. Precisamente hacía unas cuantas semanas, teniendo por compañero al coronel Moran, había ganado cuatrocientas veinte libras esterlinas á Godfrey Wilner y lord Balmoral.

La noche del crimen volvió á su casa á las diez en punto. Ni su madre ni su hermana estaban en casa, pues habían ido á pasar la velada con unos pa-

rientes. La doncella declaró que le sintió entrar en su cuarto, situado en el segundo piso, con una amplia ventana que daba á la calle. Unos momentos antes ella estuvo encendiendo la chimenea y abrió los cristales para que saliera el humo.

Hasta las once, hora en que volvieron lady Maynooth y su hija, no se oyó el menor ruido en el cuarto del joven aristócrata. Deseosa su madre de saludarle antes de acostarse, intentó entrar en la habitación y se encontró con que la puerta estaba cerrada con llave. Primero llamó con los nudillos, luego dijo el nombre de su hijo, después le gritó, pero sus voces, que fueron aumentando poco á poco de diapasón, quedaron sin respuesta.

A sus gritos acudió gente y derribaron la puerta.

El desgraciado joven yacía en el suelo junto á la mesa, con la cabeza horriblemente destrozada de un balazo, sin que en el cuarto se hallara arma alguna. Sobre la mesa había dos billetes de Banco de diez libras cada uno, y diez y siete libras y diez chelines en monedas de oro y de plata, cuidadosamente apiladas. En un papel, y enfrente de algunos nombres de amigos suyos, había unas cuantas cifras, lo cual parecía indicar que la muerte le sorprendió cuando estaba haciendo balance de sus deudas de juego.

Conforme se fué estudiando más el crimen, apareció más confuso é inexplicable. Nadie pudo sospechar por qué esta noche precisamente —y no haciéndolo nunca—se cerró el joven por dentro. Quedaba la suposición de que fué el asesino quien echó

Después de inútiles observaciones, entre las cuales figuraban le convicción de que cualquiera podía entrar en el jardín por la poca altura de las tapias y la seguridad de que nadie podía entrar por la ventana por su altura y por la absoluta carencia de puntos de apoyo en la lisa pared, volví hacia Kensington más preocupado que nunca.

Hacia un momento que estaba sentado cerca de la ventana, hojeando un reciente tratado de terapéutica, cuando entró la criada anuniándome una visita. Dí orden de que la dejaran pasar, y ¡cuál no sería mi asombro cuando vi entrar al anciano bibliófilo! Era el mismo, con su cuerpo esquelético y encorvado, su rostro macilento, sus largas patillas blancas como la revuelta cabellera y con sus ocho ó diez volúmenes bajo el brazo.

—Parece ser que os causa asombro mi visita— dijo con voz extrañamente burlona.

Yo asentí con la cabeza.

—Pues no hay motivo para ello. Yo soy un hombre honrado y enemigo de faltar á nadie. Por eso, cuando os he visto entrar en esta casa, entré detrás de vos, mascullando para mis adentros estos ó pa-

recidos propósitos: «Voy á ver á ese gentleman y á decirle que me perdone si le contesté demasiado bruscamente, pues nada más lejos de mí que el pensamiento de ofenderle. Al contrario, le estoy profundamente agradecido por haberme ayudado á recoger los libros.»

Yo me eché á reír.

—Veo que sois excesivamente meticuloso. La cosa no tiene importancia alguna.

El protestó.

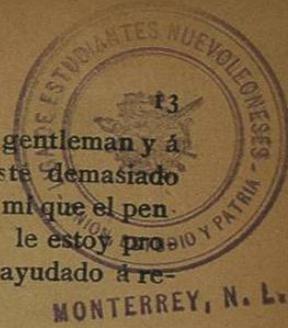
—¡Oh! Ya lo creo que la tiene; sí, señor.

Me encogí de hombros.

—Bueno; como queráis. ¿Y cómo habéis sabido dónde vivía y cómo me llamaba?

—Es que, con perdón vuestro, tengo el alto honor de que seamos vecinos. Al final de Church Street tengo una modesta tienda de libros, donde me regocijaría infinito recibir una visita vuestra. No sé por qué se me figura que vos también debéis ser algo aficionado á la lectura. Mirad; precisamente traigo aquí algunos volúmenes muy curiosos; *Pájaros de Inglaterra*, un *Cátulo*, *La guerra santa...* Son verdaderas gangas. Con cinco volúmenes podéis llenar ese hueco que tenéis ahí en el segundo estante de la librería. Tal como está, resulta muy poco estético.

Esta observación me hizo girar la vista hacia la biblioteca, y cuando volví la cabeza... vi... ¡oh, prodigio inexplicable!.. Vi... en persona, vivo, sonriente, á... ¡¡¡Sherlock Holmes!!!



Me levanté, lo miré durante breves momentos con una estupefacción sin límites, luego se me fué enturbiando la vista, me repiquearon las sienes, me zumbaron los oídos y caí de espaldas sin conocimiento.

Cuando volví en ^{mi} sí estaba sentado en un sillón; en los labios tenía sabor de cognac y sobre mi rostro se inclinaba, inquieto y cariñoso, el de mi antiguo, el de mi inolvidable amigo.

—Dispensadme, querido Watson—dijo aquella voz que creí rota para siempre—, dispensadme... Yo nunca pude imaginar que mi presencia os causara un efecto semejante.

Yo no me cansaba de mirarle. Mi cara debía reflejar un asombro rayano en la estupidez. Holmes sonreía.

—¿Pero que? ¿Todavía dudáis?

Al oírle por segunda vez recobré el habla y la acción, y cogiéndole de un brazo, grité:

—¡Holmes! ¡Sherlock! ¿Es posible? ¿Sois vos? ¿No es una alucinación mía? ¿Es posible que hayáis resucitado?

—Sí; he resucitado—contestó sonriendo.

Luego, sin duda al ver el aspecto de loco que iba tomando mi rostro se puso más serio, y apretándome las manos cariñosamente, añadió:

—Vamos, vamos, estáis muy excitado. Nunca pude

imaginarme que esta pequeña comedia os causara un tan grande efecto.

—No; si ya estoy repuesto. Ya... ¡Pero sí es que no puedo creer á mi vista! ¡Holmes! Creedme: ¡me parece mentira! ¡Y pensar que hace un momento os hablaba tan tranquilo, sin sospechas de ningún género!

Y nuevamente le cogí el brazo, que sentí bajo mis dedos, delgado y musculoso como en los días lejanos.

—¿Qué? ¿Miráis á ver si soy de carne y hueso?

Yo me eché á reír.

—La verdad: ¡sí! Ahora que ya estoy seguro de que no sois un fantasma, sentáos aquí, á mi lado y contadme vuestras aventuras. Deben de ser extraordinarias.

Holmes se sentó enfrente de mí y encendió un cigarro con aquella su antigua despreocupación. Continuaba con el levitón del viejo librero, pero encima de la mesa estaban la peluca y las patillas, junto al montón de libros.

Estaba un poco más delgado, y el brillo febril de sus ojos y la palidez casi inverosímil de su rostro, indicaban claramente que su salud debía de haber padecido rudos golpes.

—¡Qué gusto da estirarse, amigo Watson!—exclamó después de un rato de silencio—. No en balde se violenta un hombre de mi estatura para figurar durante días y días que es mucho más bajo.

—Cada nueva palabra vuestra—interrumpí—es

un acicate más de mi curiosidad. Estoy deseando que me expliquéis todo lo ocurrido.

—Calma, calma, querido Watson. Se me presenta una noche...

—Se nos...

—Bien; se nos presenta una noche de bastante ajeteo y no poco peligro. De modo que, si os parece, dejaremos las explicaciones para luego, cuando ya estemos completamente tranquilos.

—Pero...

—¿Pero qué?

—Nada. Que me devora la curiosidad.

—Bien, hombre, vamos á satisfacerla. ¿Estáis dispuesto á venir esta noche conmigo?

—¿Donde queráis y cuando queráis!

Holmes me estrechó las manos conmovido.

—¡Gracias, Watson! Esta contestación me evoca los pasados días. Sois el mismo de siempre. Supongo que tomaremos un bocado antes de partir.

Yo me levanté apresuradamente; dí las órdenes á la criada, y volviendo al despacho me senté junto á Holmes diciendo:

—Con que vamos á ver, ¿cómo salisteis de la sima?

—¿De la sima? ¡Si no caí en ella!

—¿Que no caisteis en la sima?

—No.

—¿Entonces vuestra carta?...

—Completamente sincera y verídica. Cuando vi la siniestra figura del profesor Morinoy, cerrándome

me la única salida del desfiladero, me comprendí perdido para siempre. En sus ojos se leía una sentencia inexorable. Incapaz de humillaciones y de pedir una vida que de antemano me sería negada, le saludé cortesmente, rogándole que me permitiera escribir cuatro líneas de despedida. Puse la carta debajo de la pitillera, y sin decir una palabra más, eché á andar por el estrecho sendero delante de Moriarty que iba pisándome los talones. Cuando llegué al final me detuve y apenas tuve tiempo de volverme cuando me sentí fuertemente estrechado por los brazos del profesor. Por su pensamiento, como por el mío, pasó la misma idea: íbamos á morir matando. Hubo un momento de angustia. Los dos cuerpos llegaron casi al borde del abismo. Afortunadamente yo poseo ciertos conocimientos del *barítm* (1) que me han servido de mucho en distintas ocasiones y que me sirvió en aquélla. Con un violento esfuerzo le descoyunté los brazos y pude librarme de él. Lanzó un grito terrible, vaciló, procuró conservar el equilibrio, pero no pudo y cayó de espaldas. Inclinado sobre el abismo seguí su carrera: primero rebotó contra una roca, se destrozó el cráneo contra un pico de más abajo y, por último, se hundió en el torbellino de las aguas que continuaron corajudas y estruendosas, después de tragarse el cadáver.

Holmes hizo una pausa, quitó la ceniza del cigarro

(1) *Barítm*. Lucha japonesa. (N. del T.)

con la uña del dedo meñique, y dió tres chupadas tranquilamente.

—¿Pero y las huellas?—exclamé.—Yo mismo examiné el sendero y no vi pisadas algunas que indicasen la vuelta.

—¡Qué impaciente sois! En cuanto vi desaparecer el cuerpo de Moriarty comprendí lo milagrosamente que me había salvado; pero también que Moriarty no era el único hombre que había jurado mi muerte. Por lo menos quedaban otros tres á quienes la muerte del jefe habría de excitar terriblemente y recrudescer su odio contra mí. Ninguno de ellos—sin serlo tanto como su jefe—era enemigo despreciable, y tarde ó temprano lograrían su deseo. En cambio, si yo dejaba que se extendiera la creencia de mi muerte, estos individuos recobrarían poco á poco la tranquilidad y la audacia; olvidarían, en una palabra, toda clase de precauciones y darían con ello lugar á que, más tarde ó más temprano, los reventara yo. Debía, pues, ocultar á todo el mundo mi salvación, y trabajaron con tal rapidez mis ideas, que tengo la seguridad de que el profesor Moriarty no había llegado aún al fondo del Reichembach cuando ya había tomado yo mi resolución.

Me levanté y examiné la pared rocosa que había detrás de mí. En el pintoresco estudio que publicásteis respecto de mi desaparición, dijísteis que esta roca estaba cortada á pico y sin el menor saliente. Esta afirmación no era del todo exacta, porque la pared presentaba algunas asperezas y hasta un ligero

reborde, aunque estaba tan alto que casi parecía inaccesible. Sin embargo, yo no podía volver por el sendero sin dejar huellas de mi paso. Debía, pues, intentar la ascensión de la montaña, lo cual, según comprenderéis, amigo Watson, no tenía nada de fácil.

A mis pies mugía el torrente y hasta—ya sabéis que no tengo nada de cobarde—me parecía que Moriarty me llamaba con grandes y desafortadas voces desde el fondo del precipicio.

Emprendí la ascensión lentamente. El menor paso en falso podía serme fatal. Más de una vez mis manos arrancaron un puñado de hierbas que creí seguro sostén, ó mis pies resbalaron sobre la pared húmeda y viscosa. Por fin, y á costa de no sé cuantas desolladuras y flaquezas, presta y valerosamente dominadas, llegué al reborde de que os hablé antes. Es una especie de plataforma bastante ancha, recubierta de fino y suave musgo, en la cual un hombre podía extenderse cómodamente y pasar inadvertido. Así lo hice, y allí estaba cuando vos me buscábais en el sendero y las cercanías tan triste como inútilmente.

Os seguí con la vista en todas vuestras evoluciones, y tuve la suficiente fuerza de voluntad para no gritaros cuando os ví volver hacia el hotel cabizbajo y melancólico.

Quedé un poco más tranquilo, pensándome ya libre de asechanzas y mortales sorpresas, cuando una enorme piedra resbaló desde lo alto, pasó sobre mí,

cayó al sendero y del sendero se hundió ruidosamente en el agua. Atribuí primero este incidente á la casualidad, pero minutos después cayó un segundo bloque, y un tercero sin tocarme, pero pasando junto á mí silbantes y aterradores. Levanté la cabeza, y en la cumbre, recortándose enérgicamente sobre el cielo azul, ví la silueta de un hombre.

Entonces comprendí toda la extensión del nuevo peligro. Moriarty no vino solo; él ó los acompañantes presenciaron desde lejos la lucha, me vieron vencedor, subir al reborde musgoso, y tranquila y friamente procuraban vengar á su jefe desde lo alto de la roca.

Como comprenderéis, amigo Watson, era absolutamente preciso tomar cuanto antes una resolución. Volví á mirar hacia arriba y ví que mi enemigo se disponía á arrojar otro bloque mayor que los anteriores. Con mucha sangre fría, con una presencia de ánimo que aún me asombra, emprendí el descenso mil veces más peligroso que la subida.

Casi rozándome pasó el cuarto pedazo de roca, mis pies y mis manos resbalaron, un velo de sangre me cegó, perdí las fuerzas y sangriento, destrozado, caí de espaldas en medio del sendero. El golpe de la caída me hizo recobrar la conciencia del peligro. Me levanté y eché á correr.

Protegido por la obscuridad de la noche, corrí no sé cuánto; ignoro cuántas montañas subí y qué número de desfiladeros crucé...

Una semana más tarde me encontraba en Floren-

cia sano y salvo, seguro de que mi muerte era un hecho consumado é innegable para todo el mundo.

Sólo una persona, mi hermano Mycroft, supo la verdad. Espero, amigo Watson, que no os ofenderéis por esto que á primera vista parece falta de confianza en vos. Debéis tener en cuenta que yo deseaba no se dudase lo más mínimo respecto de mi muerte y por eso tenía la seguridad que, si hubiérais estado convencido de lo contrario, no habría tenido tal vigor ni tan sugestiva y convincente sinceridad la versión que disteis de mi última aventura.

Muchas veces, durante estos tres años, he cogido la pluma para escribiros lo que ahora os digo de palabra; pero siempre la dejé caer temeroso de que vuestro cariño y vuestra alegría os hicieran cometer alguna indiscreción que tal vez me fuese fatal.

Aun esta misma tarde, cuando nos tropezamos, salí huyendo y sin atreverme á deciros lo más mínimo, porque comprendía que el menor gesto de asombro, la más trivial palabra vuestra, me hubieran perdido para siempre.

Respecto de mi hermano, ya comprenderéis que si me confíé á él ha sido porque no tenía otro remedio. Mi vida, en vista del resultado del proceso, que dejó en libertad á dos de los cómplices de Moriarty,—precisamente los más temibles y peligrosos para mí—mi vida, repito, necesitaba ser de vagabundaje y de constante cambio de lugares. Para ello necesitaba dinero abundante y Mycroft me lo enviaba á los distintos sitios donde estuve.

He viajado por el Tibet durante dos años y he tenido el placer de conocer Lharsa y de pasear algunos días en el Gran Lama.

Tal vez llegaran á vuestros oídos las notables exploraciones que por estos sitios hacía un noruego llamado Ligerson; y si tal cosa sucedió, ¡qué lejos estábais de adivinar que bajo este nombre se ocultaba vuestro invariable amigo!

Luego atravesé toda la Persia, visité la Meca é hice al califato de Khartum una rápida é interesante visita, de la cual sé conservar los detalles más salientes y curiosos en el Foreign Office. Me interné en Francia, y dirigí durante algún tiempo un importante laboratorio en Montpellier.

Al cabo de unos cuantos meses me enteré de que sólo quedaba en Londres uno de mis enemigos, y ya me disponía á volver á Inglaterra, cuando este asunto de Park Lane me hizo apresurar la vuelta. No ya solamente por su aspecto misterioso me interesaba este crimen.

Había y hay en él ciertas particularidades que me interesaban particularmente.

Volví, pues, á Londres, y desde la estación me dirigí á Baker Street, donde mi aparición causó un ataque de nervios á nuestra excelente patrona. Todo estaba como si yo hubiera salido la víspera de aquel cuarto. Mi hermano Microft había cuidado de todo durante mi ausencia.

Me lavé, comí sin gana; y al acodarme por la noche en la barandilla del balcón, mi pensamiento via-

jó hasta vos, y un deseo imperioso, irresistible de veros se apoderó de mí.

Tal fué, lectores míos, la historia emocionante que en una noche de Abril oí de aquellos labios que creí mudos para siempre, mientras mis ojos no se saciaban de contemplar la amada figura de Sherlock Holmes, un poco más délgada, un poco más vieja, pero siempre noble y altiva y audaz.

Cuando terminó de hablar me tendió los brazos y nos estrechamos silenciosamente durante unos minutos. Pronto surgió en él la personalidad inquieta y voluntariosa, enemiga del sentimentalismo y de la ociosidad, y, separándose de mí, exclamó:

—Ya véis, querido, como el trabajo es el supremo antídoto del dolor. Durante estos tres años no estuve inactivo un solo día...

—Pero esta noche...

—Esta noche, Watson, mucho menos. Hemos de trabajar muy rudamente, y si triunfo—que así lo espero—bien podéis admirarme y bien puedo enorgullecerme de la victoria.

En vano le rogué que me explicase de lo que se trataba. A mis reiteradas súplicas sólo contestaba repitiendo:

—Mañana... Mañana.

—Sin embargo, Holmes...

—Nada, querido Watson; quiero que lo sepáis todo por vuestros mismos ojos. ¿Qué hora es?

—Las nueve.

—Tenemos media hora para cenar y arreglarnos. A las diez debemos estar en la casa vacía.

III

A las nueve y media salimos de casa.

Como en los días lejanos, igual que en las noches pretéritas, me ví sentado en un coche al lado de mi amigo, con el revólver en el bolsillo y la ansiedad en el corazón. Volvían á mí las aventuras y había en mi alma la fragante sensación de un renacimiento.

Holmes iba, como antiguamente, silencioso y taciturno. De cuando en cuando las manchas de luz de los faroles, que se asomaban por las ventanillas del carruaje, iluminaban brevemente su cara, y yo leía en las arrugas de la frente, en la boca, obstinadamente cerrada, el trabajo lento y absorbente de la meditación.

Ignoraba qué clase de fiera íbamos á buscar en la selva oscura y enmarañada del Londres criminal; no sabía donde íbamos á encontrarla; pero en la actitud meditabunda del gran cazador, comprendí que la expedición había de ser peligrosa, así como en la fugaz y cruel sonrisa, que á veces desunía sus labios, la no muy envidiable suerte que había de correr la fiera.

Por un momento creí que nos dirigiáramos á Baker Street; pero al llegar á Cavendish Square, Holmes

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

mandó parar el carruaje. Al saltar á tierra le ví mirar en torno suyo con una mirada inquieta y escrutadora. Luego me hizo seña de que le siguiera y echó á andar.

Confieso que, á pesar de mi conocimiento de Londres, hubo un momento en que no supe donde estábamos ni adonde íbamos. Por tales encrucijadas, callejuelas y recovecos me condujo aquel hombre.

Al fin desembocamos en una calle estrechuca y triste que terminaba en Menchester Street, desde donde fuimos á Blandfort Street. De pronto Holmes empujó una verja, que giró silenciosamente sobre sus goznes, y nos hallamos en un patio obscuro y desierto; luego abrió con una llave que sacó del bolsillo la puerta de servicio de la casa y la cerró detrás de nosotros.

Un silencio absoluto, una absoluta obscuridad reinaban en torno nuestro. Nuestros zapatos resonaban lúgubrementemente sobre los ladrillos. Yo tendí la mano y tenté la pared, cuyo papel colgaba en largos jirones, dejando al descubierto el yeso. Los dedos huesudos y helados de Holmes me cogieron de la muñeca y me dejé conducir á través de algunas habitaciones hasta dar en otra donde los cristales polvorientos de dos ventanas apenas dejaban pasar la luz tibia y medrosa de la calle. Sólo el centro de la habitación estaba semi-iluminado. En los rincones la sombra era impenetrable.

Mi compañero me puso la mano sobre el hombro, y arrimando los labios á mi oreja murmuró:

—¿Sabéis dónde estamos?

Yo me aproximé hacia una de las ventanas y miré á través de los cristales encostrados de polvo.

—En Baker Street—contesté lleno de asombro.

—Justo.

—¿Y esta casa?...

—Estamos en Camden Honsen, situada frente por frente de nuestro antiguo alojamiento.

—¿Y para qué hemos venido aquí?

—Pues sencillamente por las hermosas vistas que tiene esta habitación. Tened la bondad de acercaros un poco más al cristal, amigo Watson, y mirad la ventana de enfrente, la de nuestra casa. Me parece que durante estos tres años habréis perdido la costumbre de recibir sorpresas.

Me aproximé á los polvorientos cristales y miré la tan conocida ventana. Apenas se fijaron en ella mis pupilas no pude contener un grito de estupor. Los visillos estaban corridos y una luz intensa iluminaba la habitación. Sobre el cuadrado luminoso se recostaba perfecta y claramente la silueta de un hombre sentado en un sillón; el rostro de perfil recordaba uno de aquellos retratos negros de que tan gustosos eran nuestros antepasados. Pero lo extraño, lo diabólico, lo incomprensible, lo que me conmovió de asombro, para luego estremecerme de terror, era que aquella figura de rasgos enérgicos, de nariz ganchuda, era la de... ¡Sherlock Holmes!

De tal manera me sorprendió esta cualidad extraordinaria, que quedé un rato inmóvil y sin voz; lue-

go alargué la mano para ver si Holmes estaba todavía conmigo. Junto á mí sonó una risa apagada.

—Y bien, ¿qué os parece?—me preguntó.

—¡Es prodigioso!—contesté.—¡Admirable!

—Vuestro asombro me regocija, porque es prueba de que los años no han pisado mi ingenio ni agotado mis recursos.

Y en su voz se reflejaba el orgullo de los artistas creadores. Después, cambiando de tono, prosiguió:

—¿Verdad que se me parece?

—Ya lo creo. Yo no tendría inconveniente en apostar que érais vos mismo.

—¡Bah! Después de todo yo no hice más que concebir el proyecto. El mérito del parecido corresponde al Sr. Oscar Mennier, de Grenoble, que ha sido quien modeló la figura.

—¿Y de qué es?

—De cera. Está puesta ahí desde esta tarde.

—Pero ¿con qué objeto?

—Porque es el caso, amigo Watson, que yo tengo interés especialísimo en que varias personas me crean en casa precisamente cuando yo esté fuera de ella.

—Entonces, ¿creéis que os vigilan?

—No lo creo. Estoy seguro de ello.

—¿Y por quién?

—Por mis antiguos enemigos. Por aquella plácida y encantadora sociedad, cuyo jefe yace en el precipicio de Reichembach.

—¿Pero saben que estáis aquí, en Londres?

—De eso no, estoy seguro. Pero sí de que ya conocían mi salvación y de que tarde ó temprano había de volver á Londres. Por lo tanto, no dejan ni un solo día de acechar nuestra antigua casa, esperando saber de este modo mi vuelta.

—¿Y cómo os habéis enterado de ese espionaje?

—Porque el otro día, anteayer, conocí al que estaba de centinela aquel día. Es un tal Parker. Fué uno de los íntimos amigos de Moriarty y el que me arrojó desde la cumbre los bloques y los pedazos de roca con la sana intención de destrozarme. Es uno de los criminales más empedernidos y más peligrosos de Europa.

—En ese caso...

—En ese caso, querido doctor, vamos á procurar que se coja los dedos contra la puerta. Ya que él me vigila á mí, voy á vigilarle yo á él.

Poco á poco fuí comprendiendo el admirable y astuto plan de Holmes.

Aquella silueta angulosa era el reclamo y nosotros los cazadores.

Ya no volvimos á cruzar la palabra. Silenciosos, hundidos en la obscuridad, vigilábamos la calle acechando á los yentes y vinientes. Holmes estaba impassible y taciturno, pero en sus ojos brillantes y en el aspecto sobradamente inmóvil de su cuerpo, se notaba que estaba siempre alerta.

Era fría la noche. El viento inclemente aullaba en la estrechez de la calle, aporraceando las ventanas, tableteando en las puertas, gozándose en hacer tem-

blar las luces de los faroles. La gente iba y venía, rápida, taconeadora, envueltos unos en abrigos de pieles, hundidos otros las cabezas en bufandas; pero todos apresurados, con un gesto de disgusto y de hostilidad en las facies amoratadas por el frío.

Dos ó tres veces me pareció ver pasar y repasar á un mismo individuo y me fijé también en dos hombres que, luego de mirar con mucha atención nuestra antigua casa, se ocultaron en una puerta cocheta un poco más arriba.

Llamé la atención de Holmes respecto de aquellos individuos, pero se limitó á hacer un gesto de impaciencia y continuó examinando la calle con la anterior impasibilidad.

De cuando en cuando daba un corto y silencioso paseo, hundiendo rabiosamente las manos en los bolsillos. Indudablemente los hechos no se realizaban tal como él había imaginado.

En un reloj lejano sonaron doce campanadas. La agitación de Holmes aumentó. Los paseos se alargaban, y en el silencio de la noche se oían crujir sus dientes y un somormugeo impreciso de rabiosas palabras. Me disponía á consolarle cuando levanté inconscientemente los ojos y miré la especie de transparente luminoso frontero á la polvorienta ventana.

Como la vez primera, lancé un grito de asombro, y deteniendo á Holmes en uno de sus paseos, exclamé:

—¡¡Se ha movido!!

Efectivamente. La silueta ya no estaba de perfil.

Holmes me contestó bruscamente. Los tres años transcurridos no habían limado las asperezas de su carácter ni dulcificado sus violencias al encontrarse con un cerebro menos privilegiado.

—¡Claro que se ha movido! ¿Me creéis tan imbécil que pensara en engañar á dos de los bandidos más listos de Londres, con un monigote que estuviese toda la noche en la misma posición? Estamos aquí hace dos horas, y durante ese tiempo la señora Hudson ha movido ocho veces el maniquí; es decir, cada cuarto de hora. Durante largo rato la estuve adiestrando del modo que había de hacerlo para que no se notara su sombra. Así, pues. ¡Ah!

Y se calló de pronto. En la semiobscuridad que nos rodeaba, ví avanzar su cabeza con un gesto de ansiedad. Afuera, la calle permanecía desierta. Los dos espías debían continuar—aunque no los veíamos—refugiados en la puerta. Reinaba un augusto silencio.

Todo estaba negro, excepto el transparente luminoso de la ventana, donde se destacaba, rígida y precisa, la silueta de Holmes.

Junto á mí sonó silbante la contenida respiración de Holmes.

Un minuto después me arrastró hasta el rincón más obscuro de la estancia y me puso la mano sobre los labios. Sus dedos temblaban, demostrando una agitación extraña en este hombre acostumbrado á dominarse á sí mismo y á amordazar sus

sentimientos. Sin embargo, nada parece justificar aquella actitud. La calle permanecía desierta. El silencio reinaba en torno nuestro. En el cuadrado de luz la silueta continuaba tranquila é impasible.

De pronto á mis oídos, menos sutiles que los suyos, llegó la causa de tales precauciones. Lejos, muy lejos, pero en el interior de la casa donde estábamos, hubo un ruido breve y confuso. Luego se percibió más claro el golpetazo de una puerta que se abría y se cerraba. Después se oyeron pasos en el vestíbulo y poco á poco se fueron aproximando hasta nosotros. Realmente producían un calofrío de terror aquellas pisadas que se extendían y se acercaban por la amplitud de las desiertas estancias.

Holmes se aplastó contra la pared. Yo, acariciando inconscientemente la culata del revólver, hice lo mismo.

Nuestros ojos, acostumbrados á la penumbra que nos rodeaba, vieron destacarse en el hueco sombrío de la puerta la figura de un hombre. Se detuvo un instante como escuchando. Yo me llevé la mano al pecho para contener los latidos del corazón.

La sombra adelantó con pasos táticos, con el cuello extendido, las manos prontas á cualquier sorpresa. Avanzaba, avanzaba hacia nosotros; pasó rozándonos y llegó hasta la ventana. Si llega á sorprendernos, antes de que se hubiese dado cuenta hubiese tenido una bala en el cráneo.

Ya junto á la ventana acechó un segundo; después suavemente, dulcemente, levantó el cristal algunos

centímetros (1) y se arrodilló para mirar por la abertura. Libre de la espesa capa de cristal polvoriento, entró la luz de la luna y le envolvió la cara por completo. Yo ví sus narices contraerse y dilatarse agitadamente. El jadeo de su pecho subía á los labios temblorosos. Luz de fiebre brillaba en sus pupilas.

Era un hombre ya de edad, calvo, con la nariz enérgicamente aguileña y un espeso y largo bigote gris. Echado sobre la nuca rebrillaba el sombrero de copa, y por entre la negrura del abrigo surgía el blanco charolado de una camisa de frac.

Sin embargo, á pesar de lo correcto de su indumentaria, de la distinción de su semblante, había en él algo de salvaje, de inexplicable crueldad.

En la mano derecha tenía un objeto que al principio creí un bastón, pero que al dejarlo caer en el suelo produjo un sonido metálico. Luego sacó del pecho un bulto no muy grande y se absorbió en un examen que terminó con el ruido de un gatillo al montarse.

Después se inclinó más hacia delante, sonó un chirrido áspero de muelle que se va abriendo poco á poco, para terminar en un encaje seco.

Suspiró de satisfacción, y entonces le vimos entre las manos una carabina de extraña forma. Abrió la culata, metió algo en ella y la volvió á cerrar. Luego, arrodillándose nuevamente, apoyó el cañón en

(1) En la mayor parte de las casas de Londres las ventanas son de las llamadas de Guillotina. (*N. de T.*)

el rebordé de la ventana. La luz de la luna iluminó el bigoto gris junto al gatillo, y el ojo brillante que buscaba el punto vulnerable.

Alargué curiosamente la cabeza buscando el blanco. Si hubiera podido tirarse una línea recta desde el cañón de la carabina, habría terminado en la silueta del maniquí.

Hubo una pausa angustiosa... El dedo se apoyó en el gatillo, sonó un silbido débil é inmediatamente llegó hasta nosotros el ruido de unos cristales rotos.

En el mismo momento Holmes saltó con la agilidad de un tigre sobre el tirador y lo derribó en tierra. Pero éste se levantó en seguida, y á no ser porque yo intervine y de un culatazo en el cráneo lo hice rodar por el suelo segunda vez, no lo hubiera pasado muy bien mi compañero.

Le puse una rodilla encima, le agarroté con ambas manos la garganta y Holmes lanzó un silbido. En la calle se oyó rumor de gente que corría, y dos minutos después un individuo seguido de dos policías entraba en la habitación.

—¡Calla! ¿Sois vos, Lestrade?—dijo Holmes con voz tranquila y serena.

—Yo soy, querido Holmes. En cuanto supe que se trataba de vos, no dejé que interviniera otro en el asunto. No sabéis cuanto celebró volver á veros.

—Gracias, Lestrade—repuso Holmes estrechándole enérgicamente la mano. Realmente era vergonzoso lo que ocurría. Sólo en un año se han cometi-

do tres asesinatos sin que hayan sido descubiertos los autores.

Yo me había incorporado. Nuestro prisionero jadeaba entre los dos guardias. Algunos trasnochadores empezaban á agruparse frente á las ventanas.

—¿Habéis traído velas?—preguntó Holmes.

Los dos guardias sacaron de entre los capotes sus linternas. Lestrade contestó afirmativamente y encendió dos velas que llevaba en el bolsillo, entregándome una y quedándose él con la otra.

Entonces mi compañero bajó el cristal y cerró las contraventanas.

Todas las miradas se fijaron en el detenido.

Era el suyo un rostro siniestro, de fuertes mandíbulas, de amplia frente. Desde el primer momento se comprendía que aquel hombre nació para grandes empresas. No podían mirarse sus ojos claros, azules, de un brillo metálico y siniestro, su nariz audaz y agresiva, su frente surcada de infinitas arrugas, sin sufrir un estremecimiento.

Todos nosotros le fuimos indiferentes. Sólo en Holmes posó una mirada de odio y de asombro á la vez.

—¡Demonio!—rugió.—¡Sois un hombre extraordinario!

—¡Ah, coronel!—contestó sonriendo Holmes.— Todo en la vida vuelve por los antiguos cauces, y todos nos encontramos más pronto ó más tarde como dijo el otro. Ya hacía mucho tiempo que no nos veíamos ¿verdad? La última vez fué... fué... ¡Ah! Sí:

en el precipicio de Reichembach, donde os entrevistéis en tirarme chinitas.

El coronel continuaba mirándole con los ojos desorbitados y la boca abierta, murmurando:

—Sois el demonio... el demonio...

Mi compañero se volvió hacia nosotros, y siempre sonriendo, continuó:

—Perdonadme, señores, que no lo haya hecho antes. Tengo el gusto de presentaros al coronel Sebastián Moran, que prestó servicio en el ejército de Su Majestad en las Indias. Allí tenía fama de ser uno de los cazadores más notables; mejor dicho, el primero en las cacerías de tigres. ¿No es cierto, coronel? Vamos á ver. ¿Tendríais la bondad de decirnos cuántos tigres habéis matado en este mundo?

El viejo no contestó. Sus ojos llameaban, se mordía el bigote rabiosamente y algo pasó por su cara que nos recordó las fieras de aquellos lejanos países evocados por la voz de Holmes.

—¿Qué? ¿No os acordáis? ¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia! Pero la verdad, coronel: resulta muy extraño que un hombre tan listo como vos y tan experto en lides de este género, os hayáis dejado engañar como un niño. Después de todo, yo no he hecho más que caricaturizar vuestro procedimiento: de atar un corderillo á un árbol y esperar oculto en otro á que sus balidos atrajeran la fiera.

El coronel Moran hizo un movimiento para lanzarse sobre Holmes, pero se lo impidió la fuerte sujeción de los guardias. La cólera parecía haber lle-

gado á su grado máximo. El rostro estaba congestionado. El pecho jadeaba con estertor de fragua.

—Después de todo, mi querido y excelentísimo coronel—prosiguió Holmes imperturbable,—aparte de que habéis obrado aquí dentro, y no fuera como yo creía y donde os acechaba mi compañero Lestrade, no ha resultado mal del todo la sorpresa, ¿verdad?

El coronel Moran, volviéndose hacia Lestrade, exclamó:

—¡Esto es indigno, señor inspector! No pretendo discutir ahora si tenéis ó no derecho á detenerme, pero sí me parece que lo tengo para no sufrir las zumberías de este hombre. Puesto que he caído en manos de la justicia me parece que no es éste el modo de obrar. Debe hacerse con más seriedad y menos estupideces.

—Tenéis mucha razón—contestó el policía.

Y luego, volviéndose hacia Holmes, repuso:

—¿Tenéis algo más que alegar en contra de este hombre?

Holmes había cogido la carabina y la examinaba minuciosamente.

—¡Vaya un arma, señores!—exclamó como si no hubiera oído la última pregunta.—Tiene todas las de la ley: es segura, infalible, silenciosa, disimulable... ¡Una verdadera joya! Yo conocí á Von Herder, un ingeniero alemán y ciego, que la construyó bajo la dirección del respetable profesor Moriarty—que en paz descanse.—Sin embargo, nunca hasta

ahora habfa tenido el gusto de examinar esta arma que tantas muertes ha causado. Os la recomiendo, amigo Lestrade, por medio de ella se pueden descubrir muchas cosas.

—Bien, bien—dijo Lestrade, cogiendo la escopeta.—Vamos, señores, tened la bondad de echar á andar.

Los dos guardias se dispusieron á salir del cuarto.

—¡Ah! Holmes—exclamó Lestrade, deteniéndose cerca de la puerta.—¿No tenéis ninguna pregunta que hacerme ni ningún consejo más que darme?

—No... Es decir; sí. ¿De qué váis á acusar á ese hombre?

—¿Que de qué le voy á acusar? Pues muy sencillo: de tentativa de asesinato en la persona de Sherlock Holmes.

—No, Lestrade, de ningún modo. Yo no quiero figurar en este asunto. Unicamente á vos debe corresponder la gloria de esta importante detención. Así como así, más tarde ó más temprano, dados vuestro talento y vuestra sagacidad, le hubiérais detenido.

—¿A este hombre?

—A ese hombre.

—Sin embargo... á no ser por lo ocurrido esta noche...

—Querido: Ese individuo es el coronel Sebastián Morán, que dió muerte á sir Ronaldo Adair por medio de una bala explosiva lanzada con su carabina de viento á través de la ventana abierta en un cuar-

to situado en el segundo piso de la casa núm. 427 de Park Lane el día 3o del mes pasado. Y ahora, querido Watson, si no os importan las corrientes de aire, vamos á fumar un cigarro á la casa de enfrente.